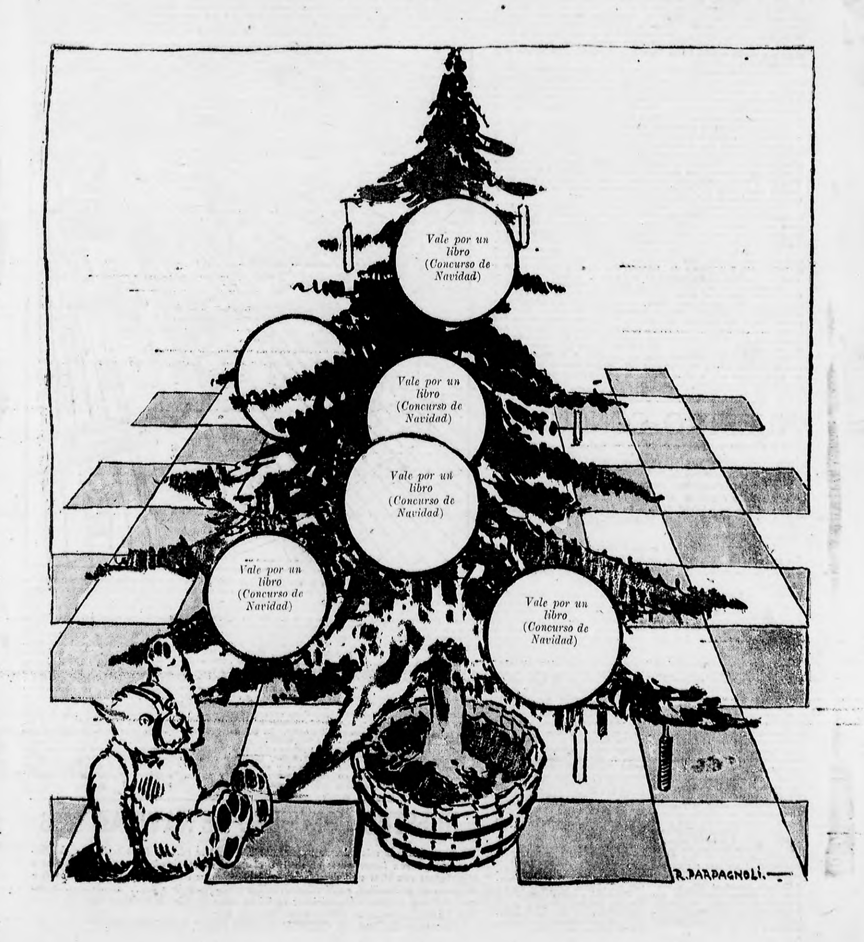
Crítica para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 29 de Diciembre de 1926 Núm. 68



ALMAS INFANTILES



L niño es promesa, germinación, infinita esperanza. La vida no ha depositado en su alma el sedimento amargo de sus experiencias. Necesitan aprender de nosotros, más también nosotros debemos aprender de ellos...

Para el niño las cosas más pequeñas son un tesoro de felicidad. Con sus juguetes crean un mundo en miniatura. Recortan dibujos, fabrican pequeños artefactos, construyen casitas rústicas, disponen encantadores cuadros campestres. Aquí un corderillo allá una cabaña, junto a ella una fuente de cristal más lejos un esbelto campesino. Todo se deja modelar por las tiernas y habilidosas manos, todo obedece, al punto, al suave reclamo de su fantasía. Luego contempla satisfecho su obra.

En esos goces infantiles hay una lección constantemente olvidada por los hombres: que la felicidad no está en las cosas, sino en nosotros. Dice Schopenhauer que el mundo en que se vive depende del modo de entenderlo; según la naturaleza de las inteligencias parecerá pobre, desabrido y vulgar o, por el contrario, rico o interesante. Por eso lo único que nos contenta es lo que obra en lo infimo de nuestro ser enriquecido nuestra personalidad. Y así se explica que según enseña Santo Tomás, la devoción produce por sí y principalmente la alegría.

El niño tiene una curiosidad siempre viva. Cuando llega a comprender una cosa, siente una satisfacción mayor que la que sentimos nosotros en el mismo caso. Es que ha ensayado la aptitud de su entendimiento y ha comprobado que tiene un instrumento útil, un instrumento que funciona en armonía con la inteligencia de los otros y con las relaciones exteriores de las cosas.

Pero quiere que la enseñanza se anime con los murmullos de la vida. Percibe la verdad a través de cuentos y parábolas. Un espíritu móvil y un cuerpo que se agita sin cesar, eso es el niño; pero en el fondo está la quietud, la quietud inefable, el divino tesoro de los años matinales y fragantes. "En vano — decía Carlyle — un Pirro conquistará imperios; en vano un Alejandro devastará el mundo; ellos no te encontrarán, celeste reposo; y sin embargo, en otra edad tú has descendido por tí mismo dulcemente sobre los párpados y sobre el corazón de todos los hijos de los hombres".

La primera condición de todo magisterio es amar al niño y procurar ser amado de él. Sócrates ha dicho que el discípulo no aprende nada de un maestro a quien no ama. La afección es necesaria para penetrar en el alma infantil y despertar en ellas las nobles potencialidades, todo lo que duerme esperando el llamamiento evocador.

Hay que tener en cuenta esa movilidad infantil para construir una obra estable con esos elementos fugaces que cruzan el alma del niño como una estela de espuma. Por ventura ¿no es nuestro destino sacar de lo perecedero la savia de lo eterno?

Quiéralo o no, el maestro no se limita a transmitir conceptos científicos: deja en el alma del discípulo una huella que perdura aunque las ideas se olviden. Misión suya es dirigir y acelerar prudentemente la evolución mental. Dichoso él si al oirle el discípulo puede repetir las palabras de Copée: "He visto brillar la verdad como una estrella, la he sentido palpitar como un corazón. Así conseguirá el fin altísimo de toda enseñanza, que es la modelación de un carácter, la formación del ser moral, del ser moral que da impresión de sana independencia, de posesión de si mismo, de lo que está sustraído a las ligeresas del impresionismo y no puede ser conquistado por ninguna fuerza de seducción, ni por las riquezas, ni por la ambición, ni para las pasiones.

SALVADOR MUIGUIJON

NUESTRO CONCURSO

En nuestro número anterior iniciamos un concurso titulado "El cuento sin terminación", que consistió en la publicación de un cuento al que debía agregársele el final.

Entre las numerosas contestaciones que hemos recibido sobre nuestro concurso, nos llegó la que insertamos a continuación, que es original de la niña Josefina Marta Palacios, que se domicilia en la calle Rodríguez Peña 661, y que ha ganado el premio.

La autora del final de nuestro cuento deberá pasar por las oficinas de "CRITICA de los Pibes", para retirar la libra esterlina, que es el premio que ofrecimos al ganador del concurso.



HORA vamos a mi palacio, — dijo la hechicera. Mira: El primer rayo de sol de un nuevo día mostró a los ojos asombrados de Juancito un hermoso palacio, casi escondido entre flores que en profusión encantadora mezclaban sus multicolores matices; caminando entre ellas, enderezando las ramas torcidas por el viento, levantando las caídas, una multitud de pequeños gnomos se dedicaban con ardor a sus trabajos. Al presentarse el hada y el niño formaron rápida fila y presentaron armas, éstas consistían en sus útiles de trabajo: regaderas, rastrillos, palitas, tijeras de podar etc. a una indicación del hada tornaron a su trabajo y ellos se encaminaron al palacio; éste estaba recubierto enteramente por pétalos de rosa y en ese momento hormigas diligentes se entregaban a la tarea de renovar los pétalos hajados, un suave perfume emanaba de las flores saturando el ambiente; todo era alegría, color y vida.

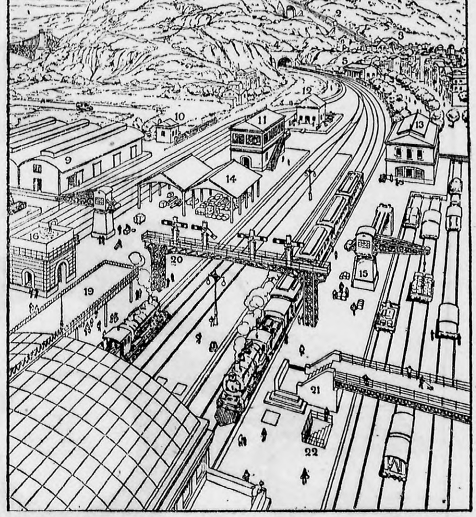
El hada invitó al niño a sentarse en sillas, constituídas por gigantescos hongos y una multitud de abejas que entrara zumbando depositó a los piés del niño un panal de rica miel.

Después de haber descansado, el hada llevó al niño a mostrarle sus dominios; afuera todo era actividad: las flores inclinábanse al paso de su reina, los grillos elevaban su "cri-cri" con más ardor, las pintadas mariposas precedían a los paseantes formándoles escolta, los pajaritos entonaban sus más variados y armoniosos cantos. El niño asombrado lo observaba todo y escuchaba embelesado las explicaciones del hada complaciente; así supo que cada flor es una vida que aunque efímera está destinada a servir de recreo a la vista de los hombres y a purificar y embalsamar el ambiente que respira, y que el hombre muchas veces, ingrato troncha de gusto esa vida en ciernes causando un dolor al hada bienhechora. Llegaron al bosque y el hada ofreció a Juancito las más pintadas fresas. A poco andar el niño, distraído, tropezó con una colmena y antes que el hada pudiera intervenir sus moradores la emprendieron con Juancito que sintió un agudo dolor en la muñeca. y... despertó sobresaltado; la noche caía lentamente una hormiguita había causado el dolor sentido por el niño, dirigió la vista a su alrededor y vió la azulada flor con los pétalos cerrados, Juancito comprendió que había soñado y un poco amargado emprendió el camino de su casa.

Medios de Transporte: el Ferrocarril



E han comparado las vías de comunicación de un país con las arterias de un cuerpo vivo, y con mucha propiedad, pues del mismo modo que por se reparte por el cuerpo la sangre vivificadora que lleva el alimento hasta las diminutas y más escondidas células del hombre, así, por las carreteras, ríos y vías ferreas corren y se reparten por todo un continente, en benéfico cambio, todos los productos necesarios para su vida.



Pero ¡cuántos esfuerzos de la inteligencia humana para sujetar a las fuerzas de la naturaleza y hacerles servir a sus necesidades y cuánto sudor y trabajo para vencer sus obstáculos y salvar sus barreras y franquear sus abismos!

Desde la más remota antigüedad los ríos, como verdaderos caminos que andan, han sido utilizados por los pueblos para el transporte de sus mercancías. Sólo ha sido preciso que la mano del hombre corrigiera sus deficiencias canalizando sus partes anchas rápidas y poco profundas, nivelando sus saltos y modificando sus pasos peligrosos. Por los ríos envían los habitante de los bosques montañosos los troncos de los árboles atados en flotantes almadías; por los ríos profundas embarcaciones los habitantes de dilatadas regiones no bastante exploradas y conocidas del hombre, y por los ríos alcanzaron cierto acceso al mar, a las llanuras dilatadas y patentes a todo el mundo, los pueblos que no tienen la dicha de asentarse en los litorales.

Sobre la tierra firme nuestros abuelos tallaron en la roca viva de las montañas y tendieron sobre llanuras polvorientas tortuosas carreteras, por las que se arrastraban lentas las carretas tiradas por yuntas de bueyes o por cascabelera recua de mulas, y por donde trotaban los gallardos tiros de las diligencias. Las ventas y mesones escalonados en sus largas rutas eran como estaciones de descanso y repuesto y escenario a la vez de los cuadros más clásicamente bellos... cuando se los contempla a través del tiempo en las páginas de oro de nuestros clásicos. Hoy, casi tan sólo las bocinas de los automóviles turban la soledad de las carreteras, y los torbellinos de polvo que dejan en pos de sí envuelven en molesta nube a algún desamparado caminante y a tal cual carro que avanza perezoso...

El ferrocarril, al suprimir las distancias, ha dejado solitarias las carreteras.

Al entrar en la estación de una gran ciudad, los latidos de las máquinas y su fatigoso jadear nos indican una vida y un trabajo intensos.

De aquellas negras masas de carbón que se amontonan en bien ordenadas pilas, y de aquel elevado depósito de agua del que beben sedientas las locomotoras, sale toda la fuerza que mantiene esa vida.

En las férreas entrañas de la máquina, caldeadas por el carbón en viva brasa, el vapor desprendido del agua hirviente gime prisionero; pasa a los émbolos, por una maniobra del maquinista, y expansionándose con titánica pujanza, mueve las ruedas y arrastra sobre cintas de hierro el pesado convoy, que atraviesa las montañas taladradas por la potencia de la dinamita, que salta los ríos y los precipicios sobre ligeros y esbeltos puentes, maravillas de la ingeniería, que gana las alturas de las montañas y desciende en estudiadas pendientes a los valles y rompe con un silbar agudo la paz de los campos, y reparte por todas partes los frutos de la ciencia y de la industria.

Después de los ferrocarriles no cabe pensar ya en otras vías de comunicación, si no es por la región franca del aire, libre de barreras y obstáculos. El ferrocarril ha dejado desiertas las carreteras. Los trenes aéreos dejarán algún día paralizados a los ferrocarriles? ¿Ese aeroplano que se cierne a lo lejos dominando nuestros antiguos inventos que se arrastran pegados a la tierra augurará el cercano fin de todo nuestro actual sistema de comunicaciones?

NUESTRO CONCURSO DE NAVIDAD 1926

En la carátula de este número publicamos varios vales por un libro cada uno. Los niños que quieran tomar parte en nuestro concurso de Navidad, deberán recolectarlos y adjuntarnos con ellos una descripción en 250 palabras de lo que creen que significa la fiesta de la Navidad, en términos sencillos y sin recurrir a la... ayuda de los papás. Las seis mejores composiciones recibirán como premio un hermoso libro de cuentos. La correspondencia deberá venir dirigida así:

"Concurso de Navidad: CRITICA para los Pibes", Sarmiento 1546.

EL VIENTO NORTE



LLEGA desde el septentrión, y, si nos fuera dado asignar a los vientos una forma humana, diríamos que el del norte, el viajero de los días estivales, tiene un aspecto taciturno y sufre de neurastenia.

Llega del Brasil, tierra cálida y contradictoria. Trae el esplín de las zonas cálidas, el malhumor perezoso de los trópicos. Su esplín es del sol, bien distinto de aquel del norte europeo, pura bruma.

El viento norte, viajero periódico henchido de vapores acuosos, ha recorrido tanto antes de



llegar al Plata... ¡Se ha impregnado de fecundidad en el suelo del Brasil. Trae un hálito del Amazonas y la pesantez soporífera de las grandes selvas.

Digamos que el viento norte es el viento de América.

—

En los meses de diciembre y enero, nuestro simún extiende su imperio por todo el país. Hacia el sur llega hasta el territorio del Río Negro. Allí se detiene. Allí fracasa en las garras de la



montaña, ante la barrera de las últimas nieves.

Pero ha tenido antes su actualidad intensa, aunque efímera. El viento norte ha sido durante meses la eterna pesadilla. Ha influído en los negocios, en la moral, en la vida doméstica y en la vida institucional. Ha sido un tirano que ha marcado rumbos, ha provocado catástrofes y acelerado tragedias. Los cerebros más equilibrados y los nervios más invulnerables a toda influencia exterior han rendido pleitesía al extraño señor, hijo de la selva. Es inmoral este viento del trópico. A nosotros, latinos, nos vuelve peores. Realizamos más inmoderadamente las empresas y somos todo impulso bajo su influencia.

Para quien pudiera ser, por una merced especial, espectador en la periódica tragedia nórdica, repararía, a buen seguro, que el viento norte produce en los espíritus una embriaguez parecida a aquella del hachich de que hablan autores. Una vehemencia extemporánea se apodera de nosotros, y se dijera que todos los actos de nuestra vida, aun los más inocentes, los realizamos al impulso de pasiones frenéticas.

Igual fenómeno han notado los extranjeros en los habitantes de Nápoles, cuando los visita el "sirocco". Idéntico frenesí se apodera de los hijos del desierto, en presencia del simún. Parece que en el viento hubiese algo del fatalismo de la naturaleza y que ésta se complaciese en hacernos peores ya que no está en sus manos mejorarnos...

—

La enmienda del viento norte es el pampero. El pampero es "el viento bueno". Franco, purificador e impetuoso, revientan a su impulso las nubes fecundas, que se resuelven en fría lluvia estival. Los indios ya habían observado el papel transcendental de los dos vientos, y propicios como eran a deificar los elementos, dieron al del norte los atributos nocivos de Añang, el diablo, y al pampero libertador, los atributos propicios de Tupá, la deidad buena.

Aun hoy, entre los últimos indígenas, al viento norte se lo identifica con el mismo diablo.

—

Mr. Darwin, hijo del naturalista célebre, hizo notables experimentos en un observatorio meteorológico de Calcuta. Las variaciones barométricas correspondían siempre a intensos dramas policiales. De esas variantes, las más sensibles eran provocadas por los vientos. Y pudo el sabio llegar a la conclusión de que un viento alisio influía en la estadística policial, más que la inmigración y más que el desarrollo del alcoholismo.

Aunque Calcuta no es Buenos Aires, semejantes principios podrían ser aplicados con excelentes resultados al viento norte.

U observación paciente demostrará que él rige las pasiones durante cierta época del año; que



él obedece a aquella influencia astrológica de Saturno, de que hablaban los eruditos en cuestiones astrales y que si bien nadie nace bajo su terrible influjo, hay quien muere en el período



más álgido de su reinado.

Pues sin ser Darwin, ni aplicar el barómetro a la crónica policial, observado nuestros demógrafos que los suicidios aumentan con el viento norte, y disminuyen con el pampero.

El hombre público sufre su influjo. Pero también lo sufre el humilde auriga, que cuadruplica los choques, y el pequeño oficinista a quien suspenden por irregularidades en el servicio, y el hombre de negocio que desbarra inevitablemente, y el bolsista, y el empleado de telégrafos que comunica mal los despachos, y el maestro de escuela que descarga en los chicos su neurastenia nór-



dica y los chicos, que descargan en los maestros sus juveniles inquietudes. Todo obedece fatalmente al lunático señor del norte. La paz doméstica se turba. La paz pública... ¡Ah! Si buscásemos una relación entre los acontecimientos bélicos de nuestro pasado y las variantes de un barómetro, veríamos que casi todas las empresas bélicas fueron determinadas por el maléfico genio del norte. Revoluciones, contrarrevoluciones, manumisiones e independencias. La Revolución de Mayo fué provocada por el viento norte. Medio siglo de guerras intestinas tuvieron por motor la pesada área ciclónica que nos llega del Brasil. Del seno de la selva, donde según la sencilla metafísica indígena reina Añang, el genio malo, salió este viajero, que aun no se ha detenido en su jornada; que como los personajes de los cantos de Osián, cabalgará eternamente sobre las nubes.

—

También nuestra política: Alguien dice que, —a la manera de aquellos personajes míticos que hicieron alianza con los elementos,— el doctor Irigoyen ha realizado una, a su manera, con el viento del norte. No de otra manera se entienden los malhumores y los esplines que su "retiro" ocasionara en las altas esferas gubernativas. Y, casi, casi, estaríamos por identificar al breve personaje, con este otro de origen meteorológico, y de la más pura estirpe selvática.

—

Y ya en tren de erudición, hablemos de una cosa muy seria y muy importante. El Tiempo (con rigurosa mayúscula, como el Término de los griegos), influye sobre los más grandes acontecimientos y determina las más formidables variantes en las instituciones humanas. El triunfo del cristianismo no se debió, según la herejía de Renán, a la verdad de Jesús en absoluto, sino más bien a una punta de signos celestes (erupción de volcanes, granizos, pérdida de las cosechas) que denunciaban a la legua la llegada de algo extraordinario. Descendiendo de golpe en el campo de la historia, llegamos al 90, —de nuestra política,— que también tuvo un Cristo, y que fué de por sí todo un apocalipsis en la historia del redentorismo criollo.

Los Giles de la época pronosticaron grandes cosas, pues la pesantez de la atmósfera, la persistencia del viento norte y las lluvias intermitentes y extemporáneas para la estación denunciaban algo raro, que se cernía en el plano de las observaciones astronómicas...

Aquellos astrólogos acertaron. Vinieron los radicales, espada en mano y cañón a retaguardia, a comprobar la veracidad de aquellos augures de los Giles de entonces.

Bien. Asegura cierta ciencia de las palabras que a iguales causas corresponden iguales efectos. Nos atenemos al enunciado. Hoy, como ayer, hablan los augures. Y dicen: "el 90 la atmósfera presentaba idénticas perturbaciones. Se dijera que estamos en vísperas de un excelente apocalipsis político".

Y aunque no afirmamos nada, interrogamos a nuestra suspicacia sobre el posible pacto de es-



tos radicales inquietos e inquietantes, con el viento norte, enemigo tradicional, —según los astrólogos,— de la familia Sáenz Peña.

Por poca trascendencia que demos a las predicciones de aquellos astrólogos, hay que convenir en que, por el fatalismo aunque más no fuera de la Naturaleza a que engendra leyes fatales (muy nueva la observación) los vientos llenan su cometido como los hombres.

La muerte de Dorrego, fué obra del viento norte, y jamás el panteísmo inteligente de que hablan autores, tuvo una explicación más clara. Los elementos, haciendo la historia: he ahí la moraleja.

Nadie se imaginaba, afirman los contemporáneos de Lavalle, "que el general iba a tomar una determinación tan enérgica".

Aquel día, el general se levantó



malhumorado. Reinaba un viento norte incómodo y el área ciclónica era cada vez más potente. El aire pesado, de acuerdo con la tierra, hacía imposible la existencia en aquellos días que precedieron a la derrota de Dorrego, y a su fusilamiento.

Lavalle dió la orden terrible, que provocó treinta años de tira-



nía rosista, bajo el imperio de perturbaciones intensas.

Fusilado Dorrego, al atardecer, sopló un pampero purificante y frío. Lavalle cambió de gesto y fué a las tres de la mañana, poco más o menos, cuando rodeado de sus oficiales se dió cuenta del grave error, pronunciando las valientes palabras que son la sanción histórica de aquel hecho:

"Señores: la posteridad me juzgará. Ella dirá si el general Lavalle hizo bien o hizo mal, fusilando al coronel Dorrego".

O. Nostradamus.

Dibujos de ROJAS

LAS ONDAS MARINAS

VEAMOS cómo funcionan. Si en la superficie encantada de un estanque arrojamos, de pronto, una piedra, ¿qué ocurre? La piedra se sumerge en el agua, como si abriera un hoyo en torno suyo, e inmediatamente aparecen alrededor del sitio donde se efectuó el choque, una serie de círculos o vibraciones concéntricas, que se van desparramando y ensanchándose por la tersa superficie del agua, hasta morir en sus bordes. Ahora bien; si, en vez de hundir con el choque de una piedra la superficie tranquila del agua, pudiésemos cogerla y levantarla por el mismo sitio, como se coge y levanta un cendal, en el estanque se producirían, exactamente, los mismos círculos o vibraciones concéntricas que observamos al golpearla con un cuerpo duro. Ambos fenómenos — el de sacudir el agua y el de levantarla — nos dan la imagen perfecta de los movimientos ondulatorios que contemplamos en la inmensidad del mar. La atracción de la Luna y el Sol son las manos invisibles y todopoderosas que cogen y levantan el cendal marino. Las corrientes submarinas y los vientos, equivalen a los remolinos que lo sacuden por el fondo y las piedras o mazos que lo golpean en su superficie. Y las ondas que de continuo lo rizan, son las vibraciones resultantes de esos colosales impulsos.

UN FENOMENO MAGICO

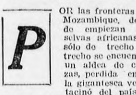
Las ondulaciones marinas tienen, además, algo que parece cosa de magia. Si observamos atentamente lo que ocurre al arrojar una piedra en un estanque encalmado, al principio nos parecerá que los círculos o vibraciones producidos por el choque, obran como si en realidad el agua removida se trasladase desde el punto golpeado hasta sus bordes extremos. Pero luego notaremos que no debe ser así. Porque si el agua se trasladase de veras, forzosamente sus ondulaciones arrastrarían consigo a todos los pequeños y leves cuerpos que estuviesen flotando sobre la superficie, tales como hojas secas, pajuelas o pedazos de corcho. Y es fácil observar, por el contrario, que esos objetos flotantes se agitan o mecen simplemente, al pasar las sucesivas ondulaciones, pero no se mueven de su sitio. Esto significa que, en realidad, las ondulaciones del agua los menean, pero no los transportan.

Lo mismo ocurre en el mar. Las ondas marinas, como todos los fenómenos puramente vibratorios, se transmiten de molécula en molécula, pero nada más. Lo que se propaga, no es la materia, es decir, el agua, sino únicamente el movimiento puro, esto es, la vibración. De modo que las ondas marinas, por sí solas, serían incapaces de comunicar impulso a los navíos. Cuando el mar empuja y transporta barcos u otros objetos flotantes, ello no se debe a las ondas, sino a las corrientes submarinas o al viento. Estos dos son los únicos factores naturales que deshacen el mágico encantamiento ondulatorio del mar.

Para comprender, por vía de ejemplo, que la propagación de las ondas no implica una traslación material verdadera, basta observar en ocasión propicia un campo de trigo maduro agitado por el viento. Entonces se originan, en la masa de espigas, vastas ondulaciones muy parecidas a las del oleaje, que recorren y hacen extremecer todo el campo. Sucesivamente, los finos tallos se doblan y se levantan, formando verdaderas olas. Sin embargo, es indudable que las espigas no se mueven de su sitio. Lo único que corre es la vibración.

Donde mejor se produce semejante maravilloso fenómeno, es en las regiones marinas ecuatoriales. Ni un soplo de aire riza, en aquellas inmensidades desiertas, el lomo de las aguas. Y, sin embargo, en medio del supremo encantamiento que los marinos suelen llamar calma chicha, se levantan verdaderas montañas de agua, que ondulan majestuosamente. Son un efecto, una pura repercusión vibratoria de los vientos que están azotando el mar, como gigantescos e invisibles batanes, a una distancia que a veces llega a millares de kilómetros.

FANTASTICAS AVENTURAS DE DOS PORTUGUESES EN MOZAMBIQUE



POR las fronteras de Mozambique, donde empiezan las selvas africanas y sólo de trecho en trecho se encuentra un aldea de chozas, perdida entre la gigantesca vegetacinó del país, y más abundante en fieras de todos tamaños y especies que en



seres humanos, dos soldados portugueses tuvieron la poca precaución de alejarse una vez del destacamento a que pertenecían y se extraviaron.

Las noches de angustia y los días fatigosos que pasaron no son para dichos. Cazando y cogiendo frutas de los árboles, no les faltaban alimentos; pero, ¿adónde ir? ¡Quién sabe si sus pasos no les llevaban hacia una tribu de antropófagos, que con ellos haría un asado suculento!

Tal perspectiva no era la más a propósito para animarles. Por temor, decidieron reservar sus municiones, evitando la caza, y comer sólo frutas y raíces. Si eran atacados, venderían caras sus vidas, y el asado de portugués no se lo proporcionarían los antropófagos a muy bajo precio.

Pero no contaban con lo peor. Un día, el más joven de los soldados no pudo seguir adelante. La cabeza le ardía, las piernas se negaban a sostenerle. ¡Había cogido las más espantosas fiebres tropicales! El otro tuvo que cargar con él y ya sólo deseó una cosa: ver, fuese donde fuese, un ser humano, o un techo de paja para dejar al enfermo en reposo y atender a su curación.

De repente se vió rodeado por una tropa de negros armados de azagayas y protegidos por largos escudos de piel de rinoceronte. Afortunadamente, a pesar de su aparato guerrero, debían de ser negros de paz, porque el que parecía jefe, distinguido entre todos por las más vistosas plumas que ornaban su cabeza, se inclinó profundamente al ver a los soldados, y, acercándose después a ellos les plantó en ambas mejillas el beso de la hospitalidad.

Los portugueses no llevaban mucho tiempo en Africa, y desconocían en absoluto la lengua de los indígenas; pero por señas, lenguaje internacional extendido en el mundo entero, llegaron a entenderse. Pronto los negros, con un escudo y dos azagayas, improvisaron una parihuelas, y, por atajos que ellos conocían, en media hora llevaron al enfermo bajo tejado. Al entrar en la aldea,, se les acercó el anciano de la tribu, que por dicha, había sido marinero en su juventud y cargador del puerto de Angora do Heroismo. Conocía el portugués, y, a pesar del acento negro legítimo, lo hablaba con cierta corrección, no exenta de barbarismos de toda especie.

—En esta aldea, — les dijo, — nada os faltará. Tenemos uno de los hombres de ciencia más famosos en toda Africa oriental: Kim-Ombo el curandero. Dentro de nada vendrá a ver al enfermo y en seguida empezará a curarle.

Vino, en efecto ,de allí a poco Kim-Ombo el curandero, y en las muestras de veneración que todos le daban se conocía su mucho valer. Bien se veía que si no se echaban de rodillas a su paso para besarle la orla del manto o de la túnica, era porque no usaba tales prendas de vestir, propias de otros pueblos. Su vestidura se reducía al simple taparrabos nacional; pero, eso sí, llevaba en la cabeza un verdadero bosque multicolor y sobre el pecho el más divino collar de diente de cocodrilo que se vió jamás en posesión de hombre de su raza.

Kim-Ombo debía de tener mucha experiencia, porque apenas miró al enfermo, con aire suficiente, preguntó al otro soldado si su compañero sabía bailar. Algo sorprendido ante tal pregunta, el otro contestó:

—Sí... sabrá el fado...; pero no sé a qué viene...

El negro no le dej óconcluir. Ante la escasísima importancia que, al parecer, el otro daba a su pregunta, decidió:

—Esta tarde habrá que empezar las lecciones, — y se fué por donde había venido, después de hablar pocas palabras con el anciano ex cargador del puerto de Angora do Heroismo.

Este explicó al portugués lo dispuesto por Kim-Ombo. Aquella misma tarde empezaría el tratamiento, que consistía en enseñar a bailar con toda perfección al enfermo, para ponerle en estado de danzar una hora seguida. Aquel procedimiento, designado con una palabra de su idioma que en el nuestro podría traducirse por **Terpsicoterapia**, había proruecido resultados sorprendentes. Cuando el enfermo sabía bailar a gusto de Kim-Ombo, hacía una expedición misteriosa; nadie había intentado saber adónde, porque los secretos de la ciencia son sagrados. Al volver, estaba bueno y sano, y, además, con los conocimientos adquiridos, cada martes día del Caimán sagrado, podía bailar en la plaza del pueblo, que tenía fama de poseer los mejores danzantes del mundo.

Al portugués sano, único que se dió cuenta del propósito de Kim-Ombo, porque el enfermo estaba postradísimo, le pareció aquella una sarta de disparates. Se negó a que trasladasen a su amigo a la cabaña del curandero, y como por la noche le encontrase un poco más despejado, cargó de nuevo con él, y, burlando la vigilancia, no muy escrupulosa, de los negros se echó a la selva en busca de otro asilo. De amanecida, tuvo la suerte de llegar a un puerto portugués, y el enfermo, trasladado a la costa, no tardó muchos días en reponerse.

Los dos amigos solían contar después la aventura y nunca dejaban de reirse a carcajadas al pensar en el tratamiento especial de Kim-Ombo el curandero.

No tenían razón, sin embargo. Un explorador, que al oír su relato, se interesó por aquel método curativo, nos ha referido, años más tarde, lo que sigue:

Kim-Ombo, antes de curandero, era un sastre, el más humilde y despreciado de los tres que en el lugar se dedicaban a la confección del vestido nacional. Este era de tal duración, que los sastres se pasaban lo más del año en holganza, y, lo que es peor, muertos de hambre. Kim-Ombo, sin que nadie lo supiera, iba por las noches a reunirse con una banda de ladrones que asaltaban las caravanas y los poblados, y al rayar el día regresaba al pueblo. Nadie sospechó de él, porque todos eran honrados.

Gracias a esta segunda profesión pudo, no sólo ir viviendo, sino reunir algunas riquezas de las que nunca hizo ostentación, para no descubrirse; pero, merced a ellas, vivía como la persona más acomodada.

Mas el Caimán sagrado no puede consentir que las malas acciones queden sin castigo ni dejen de revelarse por algún signo exterior; y hete aquí que una mañana nuestro sastre-ladrón se despertó con el carrillo derecho hinchado, como si tuviese un flemón del tamaño de una nuez. En pocos días, la hinchazón fué creciendo: ya no era nuez, sino manzana; ya no era manzana, sino melón. El carrillo derecho de Kim-Ombo abultaba tanto como su cabeza entera antes del accidente.

En vano se aplicó remedios, hizo consultas, y agotada la ciencia de los curanderos, acudió a los magos y adivinos, por si su dolencia podía tener carácter sobrenatural. Ya desesperaba de curarse, y se resignaba a ser la irrisión de todos sus vecinos, cuando pasó por la aldea un viejo hechicero muy considerado en el país. No dejó nuestro sastre de consultar con él, y cuál no sería su asombro al oirle decir que tenía un remedio infalible para curarle. Sólo consintió en decírselo a cambio de una cantidad tan alta que le dejó sin la mayor parte de sus mal adquiridas riquezas. El remedio era éste:

—En la noche del plenilunio, te vas a la selva. Te subes a las ramas del tercer árbol que hay en la cuarta encrucijada, a contar desde el camino de occidente, y esperas. A la hora oportuna, verás reunirse allí a los espíritus de la tierra. Te pedirán que bailes. Si lo haces a gusto suyo, te concederán lo que les pidas, y así puedes curarte. Pero, ¡ay de ti, si no bailas a su gusto!

Como el sastre había dado por el remedio todos sus ahorros, se decidió a ponerlo en práctica, aunque no muy seguro de sí mismo, al saber que tenía que entendérselas con los espíritus de la tierra, nada menos.

Cuando llegó la noche del plenilunio, se fué al lugar indicado. No tuvo que esperar mucho tiempo. A poco de haberse encaramado a su rama, vió surgir por todas partes unos enanillos negros, de largas barbas y tremendos bigotes, que, con fuerte griterío, se entregaron a la más desenfrenada de las danzas.

De repente, uno de ellos dió un grito más penetrante y la danza paró. Habían descubierto al sastre. El corazón de Kim-Ombo se paralizó de miedo, al mismo tiempo que la danza. Los espíritus de la tierra le ordenaron que bajasen, y el pobre sastre se dejó caer al suelo, levantándose despues todo magullado. A la pregunta que le hicieron contestó diciendo lo que deseaba.

—Está bien. Te curaremos, si bailas a gusto de todos.

Y, sentándose en círculo, dejaron en medio a Kim-Ombo, el cual, medio derrengado, empezó a bailar; pero lo hacía tan desastrosamente que los espíritus se impacientaron y cuando él cayó al suelo sin fuerzas, el que había hablado primero le dijo:

—Consideramos como una burla tu desfachatez al presentarte ante nosotros sin saber bailar ni aun medianamente, y te imponemos el justo castigo.

En un abrir y cerrar de ojos, los espíritus de la tierra desaparecieron a la vista del asombrado y dolorido Kim-Ombo. Ya no era sólo el carrillo derecho: también el izquierdo se le había hinchado de manera semejante, dándole un aspecto más lastimoso todavía.

¡Qué rechifla en la aldea cuando al día siguiente le vieron con los dos carrillos hinchados! No había quien no le tirase una pulla. Todo el día, los chiquillos estuvieron pasando por delante de su choza, y, asomándose por la puerta, gritaban, burlones:

—¿Compran... sandías?...

Kim-Ombo reflexionó acerca de su desgracia y resolvió preparándose bien, repetir el experimento. Efectivamente; pasado un mes, en la noche del plenilunio, se encaminó a la selva y se situó en la rama más baja del tercer árbol que hay en la cuarta encrucijada, a contar desde el camino de occidente.

Todo pasó lo mismo que la primera vez con la diferencia de que, cuando el sastre salió a bailar, hizo a los espíritus de la tierra un saludo tan gracioso, que los dejó predispuestos a su favor. Marcó luego tales pasos, graduó de tal modo su danza, lenta al principio, rápida después y al cabo vertiginosa, y supo, en cuanto empezó a cansarse, acabar con una nueva reverencia tan profunda, que los enanillos, entusiasmados, no cesaban de jalearle y aplaudirle.

—Bien bailaste, Kim-Ombo, — le dijo el que llevaba la voz, — y en premio de lo bien bailado te concedemos la justa recompensa.

Desaparecer los espíritus, llevarse Kim-Ombo las manos a la cara y sentir que la doble hinchazón había desaparecido, dejándole la cara en sus debidas proporciones y la piel tersa y brillante, fué todo uno.

¡Qué asombro al otro día en el pueblo! Todos empezaron a sentir respeto hacia Kim-Ombo. No era lerdo el sastre, y al punto se dió cuenta del provecho que podía sacar. Hízose curandero; abrió academia de baile, y cuando alguien, aquejado de enfermedad, acudía a su ciencia, le enseñaba a bailar, cobrándole muy buenos honorarios, y, ya instruído le enviaba a la selva, haciéndole jurar previamente que a nadie revelaría el secreto de su curación. Los enanillos, espíritus de la tierra, son aficionados a divertirse, el baile es lo que más les gusta y nunca dejan de dar la salud al bailarín, a cambio de un rato de entretenimiento.

Kim-Ombo se ha hecho rico, y ahora lo es legítimamente. Además, ha tenido la fortuna de que, entre tantos negros como ha curado, no le hayan salido competidores.

Los Reinos de la Naturaleza Las Plantas

SERES orgánicos y desprovistos vivientes, aunque de verdadera sensación, las plantas forman uno de los grandes reinos de la naturaleza, inferior al reino animal, pero superior al de los minerales.

La variedad de especies que comprende en cantidad incalculable, se diferencian entre sí por la mayor o menor perfección en su forma, en su constitución y en la diferenciación de sus órganos para las diversas funciones de la vida vegetal.

Pero esta misma variedad, que pudiera parecer un gran obstáculo para el conocimiento de las plantas, sirve de fundamento para ordenarlas y clasificarlas según sus caracteres diferenciales, y simplificar en gran manera el estudio de la Botánica.

He aquí la primera y más importante división de los vegetales en grandes grupos y clases, indicando los caracteres en que esta división se funda.

Una de las partes de mayor significación en las plantas es la **raíz**. Su principal función es absorber del suelo los líquidos destinados a la nutrición del vegetal, y, por consiguiente, la existencia de la raíz implica la existencia en el interior de la planta de ciertos tubos o **vasos**, destinados a conducir a todas sus partes el jugo absorbido del suelo. Atendiendo, pues, a la existencia de estos dos caracteres inseparables, las plantas se dividen en dos grandes secciones: plantas sin **raíces** o **no vasculares**, y plantas **con raíces** o **vasculares**.

Para seguir dividiendo cada uno de los miembros de la anterior división, es preciso atender a otros caracteres, que son las hojas y las flores.

En efecto: de las plantas sin raíces, unas tienen hojas claramente distintas del tallo, otras no las tienen. De igual manera, entre las plantas que tienen raíces, unas poseen flores, o sea un conjunto de hojas transformadas y de variados colores, dispuestas en verticilos, donde se albergan los órganos de reproducción de la planta: otras, en cambio, no tienen flores.

Quedan, pues, divididas las plantas en cuatro grandes grupos:

1.o **Plantas sin raíces y sin hojas.** Se llaman **talofitas**, porque su cuerpo está constituído sencillamente por una expansión de forma variada, llamado talo.

2.o **Plantas sin raíces, pero con hojas.** Se llaman **muscíneas**, porque los ejemplares más notables de este grupo son los musgos, **(musci).**

3.o **Plantas con raíces, pero sin flores.** Se llama **criptógamas**, porque su sistema de reproducción por medio de huevecillos es en cierta manera oculto y difícil de apreciar.

4.o **Plantas con raíces y con flores.** Se llaman **fanerógamas**, porque sus órganos y sistema de reproducción están patentes y a la vista.

Cada uno de estos grupos se subdivide en varias clases por determinados caracteres diferenciales.

He aquí la clasificación general:

TALOFITAS. — Pueden ser de tres clases: algas, hongos y líquenes. Las **algas** crecen, por lo general, en parajes húmedos, principalmente en las aguas dulces o saladas: tienen clorofila para descomponer bajo la radiación solar el ácido carbónico del medio ambiente, asimilándose el carbono y desprendiendo el oxígeno. Los **hongos** están desprovistos en absoluto de clorofila, y toman el carbono de compuestos complejos formados por los vegetales verdes: absorben oxígeno del aire y desprenden ácido carbónico lo mismo en la obscuridad que bajo la influencia de la luz. Los **líquenes**, tipo compuesto de alga y hongo, constan de un talo incoloro de hongo y de otro talo de alga provisto de clorofila.

MUSCINEAS. — Se distinguen también en este grupo tres clases: las rodofíceas, las hepáticas y los musgos. Las **rodofíceas, plantas acuáticas**, que viven por lo general en aguas marinas o en las aguas dulces de los ríos de curso rápido, son de variados colores derivados del rojo, y están fijas en las rocas sumergidas o sobre algunas algas. Las **hepáticas** tienen el aparato vegetativo rastrero, no tienen protonema o lo tienen muy rudimentario y el esporogonio está incluído en el arquegonio hasta la madurez de los esporos. Las **muscíneas** tienen el aparato vegetativo erguido; tienen protonema muy desarrollado, y el esporogonio libre.

CRIPTOGAMAS. — Hay que distinguir en este grupo cuatro clases. Las **filicíneas**, o helechos, son plantas de poco tallo, de grandes hojas aisladas, y de numerosas raíces laterales: el tallo, la raíz y la hoja crecen en el ápice por una sola célula madre. Las **hidropteríneas**, así llamadas porque viven en lugares muy húmedos, y aun nadan en la superficie de las aguas tranquilas; su tallo es rastrero y bilateral, en cuya cara dorsal se asientan las hojas normales, mientras en la ventral se asientan las raíces o las hojas absorbentes que hacen sus veces. Las **equisitíneas**, semejantes a las colas de caballo, son plantas herbáceas y vivaces que ostentan pequeñas hojas verticiladas cuyo tallo se ramifica en abundantes verticilos en sus numerosos nudos.

Las **licopodíneas** difieren de las anteriores en la configuración del aparato vegetativo; sus hojas son muy pequeñas y sencillas: la ramificación de su tallo es lateral y solitaria, y la de sus raíces es siempre dicótoma.

FANEROGAMAS. — Las plantas de este grupo se dividen en dos subgrupos. Si tienen sus semillas descubiertas, no protegidas por el ovario, se llaman **gimnospermas**; pero si las semillas están depositadas en un fruto o cavidad cerrada se llaman **angiospermas.**

TRES COSAS QUE NO :: PUENDEN MORIR ::

Sentimientos—

Compuesto está el hombre de dos partes, de dos mitades; alma y cuerpo, parte de arcilla y parte de Dios, como dijo el poeta. Pues bien, así como el cuerpo, la materia, recibe sus "sensaciones" que transforma en "movimientos", así las recibe también el alma, llamándose "sentimientos", que se transforman en otros buenos o malos.

Y es que las máquinas, cuando llegan a su más alto grado de perfección, tienen una tercera vida, una vida especial, única del hombre, de la máquina humana, una vida en la que aparte de las otras cosas, hay esos "sentimientos", y esta tercera vida se llama con una palabra que parece muy difícil, pero que fijándose un poco, no se olvida nunca: es la "vida psicológica".

Hay sentimientos buenos y malos; los sentimientos se transmiten siempre de padres a hijos; los sentimientos fijan muchas veces el caráster, la especialidad de las razas, de los pueblos. Si en la especie humana no muere nunca la materia, hay también otra cosa que no muere tampoco: el "sentimiento".

Voluntad—

Ya van a dar por concluído su paseo el obrero y el médico, cuando encuentran a cierto señor muy conocido de ambos, que canversa con ellos largamente.

Pasado un rato se despide, y es entonces cuando el obrero pregunta al doctor:

—Mi señor y amigo, ¿a qué se refería ese caballero cuando dijo que su pariente tenía mucha "voluntad"? ¿Por qué no me explica usted algo de la voluntad, y perdone tantísimo como le molesto?

—May al contrario, muchacho Atiéndeme: Sin "vida vegetativa" el hombre no viviría, porque sin esa vida nadie puede existir Sin "vida de relación" sería el hombre como una piedra, como una planta, como cualquier máquina de la industria, que sólo corren, que sólo trabajan, transforman los alimentos, sin relacionarse, sin comunicarse con los otros seres, con las otras máquinas. Sin lo que llamamos "sentimiento y voluntad", él hombre, la máquina humana, no tendría esa tercera vida que la distingue de los demás seres, de las demás cosas, vida psicológica. El hombre, porque tiene voluntad hace se propone cuanto quiere, cuanto puede; ejecuta el bien, el mal; es decir, que es libre, que se halla en libertad para obrar, en libertad de acción, o lo que es lo mismo, que disfruta de una cualidad, de una propiedad que sólo entra en la vida "psicológica" que se llama "libre albedrío".

Inteligencia—

—Claro está, doctor, que yo sabía ya lo que era voluntad pero de una manera vaga e indefinida, por lo que necesitaba que me diera usted ideas concretas. Lo mismo me ocurre sobre la "inteligencia".

Tampoco le diré algo sobre ella.

—A ver, a ver.

—Por la "inteligencia" descubrimos las cosas, discurrimos, pensamos, hallamos la relación que existe entre este y aquello sacamos consecuencias; en una palabra, nos relacionamos con nuestros semejantes. Es decir, que la vida psicológica, propia sólo de las máquinas humanas, abraza tres cosas: "inteligencia, voluntad y sentimientos"

"Algo hay, pues, en el hombre, como en el animal y como en la planta, que muere; muere, no la materia, sino los órganos, las cosas, los aparatos que se hicieron con esa materia. Así sucede con las máquinas de la industria: se destroza muere una; pero no muere la materia, el hierro, sino los tubos, las ruedas que con ese hierro se fabricaron

"Y algo hay en el hombre que no muere. Muere en el hombre, como en los animales y en las plantas, la "vida vegetativa" y la "vida de relación"; pero no muere esa otra tercera vida que tiene él y no los otros seres, es decir, la "vida psicológica".

"En el hombre no muere el "sentimiento". Las familias, las generaciones, los pueblos, las épocas heredan siempre unos de otros los sentimientos como quiera que ellos sean, buenos o malos. En el hombre, tampoco muere la "voluntad" porque ésta, fuerte o grágil, de unos a otros pasa en las épocas, en los pueblos, en las generaciones, en las familias. Como tampoco muere en el hombre la "inteligencia", puesto que los siglos la legan a los siglos siguients, desarrolándose cuanto más avanza, cuanto más vieja se hace; y vemos en la prueba de ello que la ciencia, que es hija legítima de la **inteligencia**, avanza y progresa, a medida que corr los tiempos, que pasan las edades.

EL PROBLEMA DEL LABERINTO



Este problema consiste en entrar por el lado inferior y el centro, en lugar marcado con una flecha, para salir por el extremo superior derecho.

Los pibes, al llevar el lápiz al través del laberinto, deben cuidar de no dejarse tentar por las salidas engañosas.

:-: EL AGUA :-:

EL agua es el elemento indispensable para la existencia de todos los seres vivientes; ni el hombre ni los animales ni los vegetales pueden vivir sin ella.

Para los antiguos, el agua era uno de los cuatro elementos de que se componía el mundo, y durante muchos siglos fué considerada como un cuerpo simple.

A últimos del siglo XVIII, el químico francés Lavoisier de-



mostró que el agua era un cuerpo compuesto de dos gases, conocidos después con los nombres de oxígeno e hidrógeno.

El oxígeno es un gas más pesado que el aire; no arde, pero sin él no existiría el fuego. Los seres que viven en la tierra lo absorben en el aire que respiramos, y sirve para purificar la sangre en los pulmones; cuando nos falta, morimos asfixiados. Los animales acuáticos respiran el oxígeno disuelto en el agua y cuando se les saca de su elemento natural mueren también por asfixia.

El hidrógeno es inflamable y pesa 14 veces menos que el aire. De ahí que se emplee para llenar los grandes globos dirigibles y lograr que asciendan.

El agua se presenta en tres estados naturales diferentes: líquido, sólido y vaporoso.

En estado líquido llena los mares y los lagos, corre por el cauce de los ríos y mana de las fuentes; en estado sólido cae en blanquísimos copos de nieve y se acumula en inmensas montañas de hielo; en estado de vapor forma las nubes que cruzan el espacio oscureciendo la luz del sol, y la densa niebla que frecuentemente cubre la superficie del mar y la cima de las montañas.

El agua, siendo pura, es inodora, insípida y transparente; pero cuando se recoge en grandes masas toma un tinto verdoso. A veces presenta diversos colores según sea el del fondo que le sirve de lecho, el del cielo que refleja y el de los millares de corpúsculos que lleva en suspensión entre su masa. El agua del mar, como también la de algunos lagos, es salada.

El hombre utiliza el agua como medio de comunicación con los



pueblos más remotos, como fuerza para las industrias, como refrigerante y como medio para curar y prevenir las enfermedades.

Las tres cuartas partes de la superficie del globo las cubren los mares.

El mar es de todos los hombres y por lo tanto tienen derecho a navegar sobre sus aguas. Pero el hombre no puede avanzar por los caminos del mar del mismo modo que anda por los caminos de la tierra; y por esto tendió a construir embarcaciones e inventó el arte de la navegación.

Los primeros barcos fueron troncos de árboles vaciados en forma de canal, como aún hoy los usan los pueblos salvajes del Africa, de Oceanía, y los esquimales de los países del hielo. Estas embarcaciones rudimentarias avanzaban a fuerza de remos; más tarde se inventaron los palos aparejados de tela o de cuero para poder aprovechar con ellos la fuerza de los vientos. Y así, perfeccionando los medios de navegación, no solamente se ha llegado a dominar la superficie de las aguas, sino que con los potentes submarinos ha sido posible invadir los misteriosos recintos de sus profundidades.

El mar ha sido el camino por donde se han propagado todas las civilizaciones; en cambio, las invasiones bárbaras, que asolaron el mundo antiguo y destruyeron civilizaciones florecientes, descendieron de las montañas abruptas y siguieron la ruta de las selvas.

Los marinos fenicios y griegos, atravesando con sus frágiles naves el azul Mediterráneo, llevaron las artes, las ciencias y las industrias a Occidente, donde fundaron poderosas colonias y conquistaron numerosos pueblos.

El Cristianismo llegó a las playas de América con las carabelas de Colón.

Los griegos adoraban el mar en la figura del dios Poseidón y en las Nereidas, Tritones y otras divinidades como las Sirenas, que tenían el busto de mujer y una larga cola como la de los grandes peces. Con sus cantos, las Sirenas atraían a los confiados navegantes, para extraviarlos y devorarlos luego. El aventurero Ulises, famoso por su valor y por su astucia, pudo librarse de ellas haciéndose atar al palo de su nave y tapándose los oídos con cera blanda.



Los navegantes primitivos, como desconocían la brújula, habían de guiarse en sus viajes por la marcha de los astros, la dirección de los vientos y el vuelo de las aves. Todos fueron grandes geógrafos, y sus arriesgadas empresas, sus trabajos y aventuras, fueron cantados por grandes poetas.

Los romanos adoraban a Neptuno, el dios de las luengas barbas y el formidable tridente, señor de las aguas.

El mar está poblado por infinito número de animales de formas caprichosas y bellas, y por una inmensa multitud de plantas de ricos y variados colores. En sus aguas crecen las algas que dan el iodo, las esponjas, que son los esqueletos córneos de unos animalitos rudimentarios, las plantas de coral y las perlas finas que se forman en el interior de ciertas ostras. El hombre, para apoderarse de estos tesoros, tiene que bajar al fondo del mar, revistiéndose de trajes especiales llamados escafandras, y respirar el aire que se le envía desde la superficie por medio de máquinas neumáticas. Los que se dedican a este oficio reciben el nombre de buzos.

Los ríos son verdaderos caminos que andan. Sobre las superficies de sus aguas el hombre transporta productos comerciales o viaja en almadías, barcas y buques de vapor.

Las aguas de los ríos sirven para regar y fertilizar los campos y para mover los molinos. Por su gran utilidad fueron objeto de veneración por parte de los pueblos antiguos. Los egipcios adoraban el sagrado Nilo porque sus inundaciones periódicas son la riqueza del país de los antiguos Faraones y de las colosales Pirámides.

Algunos ríos acarrean pepitas de oro en sus arenas.

En la naturaleza siempre existe la misma cantidad de agua, pero repartida de diferente manera según las formas que toma. El calor del sol calienta y evapora las aguas que están en la superficie de los mares; esta agua que se convierte en vapor, forma las nubes que se elevan por el espacio y corren empujadas por los vientos. Cuando llegan a una región más fría, se condensan y caen convertidas en lluvia: de la misma manera, y merced al frío de la calle, el vapor condensado en el interior de las ventanas durante el invierno, se transforma en gotas de agua que resbala por los cristales.

METODO CIENTIFICO DE LIMPIARSE LOS DIENTES

SEGUN el doctor Dose Head, dentista y médico de Filadelfia, la mayoría de las personas no saben lavarse los dientes.

"Esta operación—dice el doctor Head—debe hacerse científicamente, para evitar una gran cantidad de enfermedades de la boca".

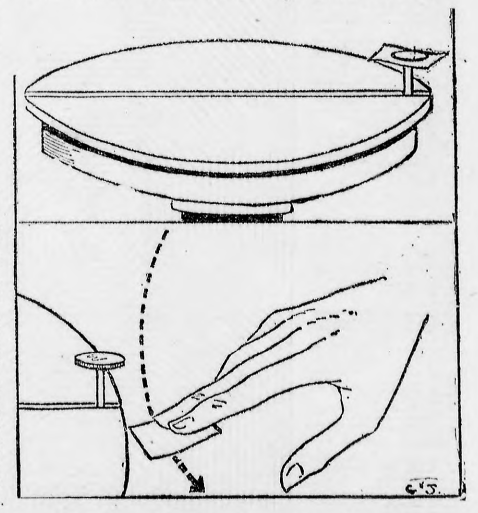
El uso de un cepillo grande, de cerdas largas, es contraproducente. El cepillo debe ser pequeño y las cerdas de una longitud no mayor de medio centímetro. Antes de lavarse la dentadura, conviene limpiar bien los espacios entre un diente y otro con un hilo de seda, en la forma que indica la figura 1. El cepillo debe pasarse por los dientes y encías con fuerza. Al principio, las encías se inflaman, duelen; pero si se continúan las frotaciones vigorosas durante una temporada, la encía se acostumbra y los tejidos adquieren la misma consistencia de los que rodean las uñas de las manos.

Para lavarse los dientes deben usarse tres movimientos: 1.o De rotación sobre las encías y los dientes, primero sobre los delanteros y después sobre los molares de ambos lados (figuras 2 y 3). 2.o Horizontal, colocando la mitad del cepillo sobre la muela del juicio y haciéndolo correr hacia adelante sobre la unión de la encía con los dientes, cuidando de seguir la curva del arco con las cerdas del cepillo bien planas (figuras 4 y 5). 3.o Horizontal, a lo largo de la unión de la encía con los dientes, por la cara interior de éstos y de atrás para adelante, cuidando como en el segundo movimiento, que las cerdas froten bien de plano (figura 6).

En el primer movimiento, o sea el de rotación sobre los incisivos, los dientes superiores no deben estar superpuestos a los inferiores, sino simplemente unidos por los bordes. Este movimiento debe repetirse cinco o seis veces a cada lado y otras tantas adelante.

Para el segundo y tercer movimientos, la boca y las mandíbulas deben estar bien abiertas, y hay necesidad de echar bien para atrás las comisuras de los labios, con el objeto de que el cepillo ocupe la posición inicial del movimiento, sin que las cerdas se doblen.

El Truco del Fósforo y la Moneda



He aquí un bonito entretenimiento que ofrecemos a nuestros pequeños lectores. Se trata de una prueba que a primera vista parece absolutamente imposible realizar, pero que en realidad se puede llevar a la práctica con suma facilidad.

Como lo muestra la primer figura que ilustra estas líneas, se coloca en una ranura (la abertura de las mesas por ejemplo) un pequeño trozo de madera o un fósforo al revés y sobre la cabeza de éste un pedacito de papel y sobre el mismo una moneda.

Se consigue fácilmente realizar la prueba dando un rápido tirón del papel Si se realiza el movimiento tal como indicamos en la figura segunda se verá que la moneda queda sobre el fósforo sin peligro de caerse.

NUESTRO SEGUNDO CONCURSO DE CUENTOS SIN FINAL, PARA LOS FIBES

Este es el cuento que semanalmente publicaremos sin título ni terminación. Los niños deben escribir lo que a ellos se les ocurra y enviarlo a "CRITICA para los Pibes", Sarmiento 1546. La mejor terminación recibirá una libra esterlina de premio.

UN químico vive en un laboratorio de cristales que transparentan una luz fría, siempre entre retortas, hornillas, probetas y reactivos; un militar, en ninguna parte esta mejor que entre fusiles, cañones y ametralladoras: un hada, sobre todo si lleva por nombre Florida, ¿dónde se ha de ver más a su gusto que en un jardín esplendoroso?

Tal era, en efecto, la morada del hada Florida.

No había plantas más hermosas que las de su jardín,y las flores que daban eran de colores tan sorprendentes que las más vistosas de nuestros verjeles resultarían pálidas a su lado.

La misión del hada Florida era muy importante, pues tenía a su cargo la educación de las princesas reales de todos los países, cuya historia se lee en las crónicas del tiempo feliz de las Hadas, lejano ya. Desde muy niñas, iban a su lado las hijas de los reyes, y de ella recibían la más esmerada instrucción. Cuando pasaba el tiempo conveniente, volvía cada cuál a su reino, y jamás el hada Florida se olvidó de conceder a ninguna de ellas, como despedida, un don especial, a elección de la misma princesa.

Cuando Rosaura hija del rey de Brocelianda, iba a cumplir la edad marcada en el reglamento para volver a sus Estados, el hada, que la quería como a ninguda, que la quería como a ninguna por la dulzura de su carácter y el agrado de sus maneras, temió que la princesa no eligiese con tino el don que había de pedirle. Para que tuviese elementos de juicio, decidió mandarla a la corte de algunas princesas mayores de edad, para que se informase del uso que habían hecho de su don.

—Voy a mandarte,— le dijo,—a la corte de Azucena. Ya me dirás cómo la encontraste.

Mandó enganchar el hada sus mariposas, brillantes como flores con alas, al carro de nácar con ruedas de girasol que le servía para las más largas expediciones, y en él se trasladó Rosaura a la corte de Azucena.



Volvió al cabo de un mes.

—Dime, niña,—preguntó el hada, ¿cómo encontraste a tu amiga?

—Ya sabéis, señora hada, que el don elegido por Azucena fué la hermosura. Ella nunca decía que fuese don vuestro, aunque siempre os recordaba con cariño.

Era, en verdad, la princesa más hermosa de cuantas he visto y pienso ver. Pero tan deslumbrado se quedaba todo el mundo delante de ella, que nadie reparaba en sus demás méritos, ni ella misma preocupada con parecer hermosa, ponía en su trato la perfección indispensable en toda mujer. Por desgracia, cuando yo estaba a su lado, cayó emferma con tan terrible emfermedad que, cuando se repuso, había perdido todo su encanto: tan fea se volvió, que ni podía soportar su propia vista en el espejo; ella que antes le tenía por su mejor amigo! Me pidió, señora hada, que le devolváis su hermosura, y yo, en nombre suyo, os lo ruego; pues, sin ella, y sin haber cultivado su espíritu, a nadie agrada ya. Antes la rodeaban los admiradores; ahora se pasa todo el día sóla y triste.

—Me has dicho, hija, cuanto quería saber. La hermosura pasa y no vuelve. Por desdicha, un hada no puede repetir su dones.

Hé aquí a Azucena infeliz por aquello mismo que eligió pensando que sería su felicidad.

Pasado algún tiempo, el hada envió a Rosaura, en la misma carroza, a la corte de la princesa Dalia. Volvió de allí antes de lo que se había propuesto.

—¿Cómo vuelves tan pronto, hija?—preguntó el hada.

—Fuí, señora hada, como sabéis, a la corte de la princesa Dalia, que eligió; al volver a ella dejando vuestro jardín, el don de la elocuencia. En verdad, nadie es en el mundo más elocuente. Al principio se queda una boquiabierta oyéndola hablar; y de tal modo se emboba el que la oye, que ella misma llega a embobarse. No inventa más que reuniones, certámenes de academía, discusiones políticas, para lucirse. Y, a propósito de lo más sencillo suelta un discurso grandilocuente. Yo, al principio, la admiraba de todo corazón; pero un día, a propósito de si un faisán estaba bien o mal asado, tales cosas nos dijo que lo dejó pasarse de punto. Llegué a aborrecerla. Habla sin descanso; se para y es solo para volver a empezar. !Si viérais qué a gusto estoy habiéndola dejado para venir al lado vuestro! ¡Vos sí que con una palabra decís todo lo que hay que decir!

—¡Bien está, hija mía! Eso es todo lo que yo quería saber.

No pasó mucho tiempo sin que propusiera un nuevo viaje. Rosaura no tenía mucho deseo de apartarse del hada, pero sabía obedecer como es debido.

La carroza de nácar, con ruedas de girasol, tirada por mariposas, llevó a Rosaura a la corte de la princesa Clavellina. Allí se estuvo tres meses; pasado ese tiempo volvió al amado jardín del hada Florida y la abrazó y del hada Florida y la abrazó y besó como a una persona que se vuelve a encontrar después de mucho tiempo de echarla de menos.

—¡Ay, señora hada qué contenta estoy! Las semanas se me han hecho años. Creía que no podría escapar de allí.

—¿Tan mal te ha ido en la corte de la princesa Clavellina?

—No tal; ninguna queja tengo, pero no me gusta su modo de ser. La princesita Clavellina eligió de vuestros dones uno muy simpático, el de agradar a todos, y es la criatura más seductora que darse pueda. Pero...

Aquí se paró la princesa Rosaura, y, después de un instante de vacilación, siguió diciendo:

—Yo había pensado solicitar el mismo don: nada hay tan dulce como ser a todos amable. Pero a los pocos días de estar juntos a la princesa Clavellina encantada de su conversación y de la gracia que ponía en sus menores actos, empecé a darme cuenta de algo muy grave. Tenía siempre enderredor centenares de adoradores; todos se esforzaban por llamar su atención y rivalizaban en servirla. El último que hablaba con ella, era el más feliz; más en cuanto se alejaba y cedía el puesto a otro, la princesa se mostraba con éste tan amable como con el anterior. El de ahora se sentía colmado de felicidad mientras a su antecesor le devoraban los celos. No había en la princesa la menor culpa, porque a nadie hubiera querido causar pena. Pero su deseo de agradar y su arte para lograrlo eran tan vivos, que no se resolvía, con hacer a uno dichoso, a dejar a tantos sin ventura. Como por su talento no podía menos de ver lo que pasaba en torno suyo, la que a tantos gustaba nunca lograba estar satisfecha de sí misma. Era, sin querer, coqueta, pero la coquetería, gozo y delicia de tantas mujeres, para la princesa Clavellina, bondadosa en grado sumo, no significaba más que tormentos. Y los mismos adoradores cansados de ver a los recién venidos en igual consideración que a los constantes y probados, acababan por retirarse de la corte para no volver más.

No querría yo un don semejante, que sin hacerme dichosa, causara la desdicha de tantos.

—Me dijiste lo que deseaba oír, hija mía, fué la respuesta del hada.

Poco descanso tuvo en su jardín la princesa Rosaura. Otro día al levantarse, vió enganchada la carroza de nácar. El sol naciente hacía brillar en ella los tonos del iris. Inquietas, las mariposas del tiro movían sus alas de cien colores. Los mismos girasoles que hacían las veces de ruedas, vueltos hacia Levante, parecían estrellas.

—Vas a ir hoy, Rosaura, a la corte de la princesa Margarita. Al separarse de mí, eligió entre mis dones el ingenio. Ya me dirás lo que allí veas.

Tampoco en aquella corte se detuvo largo tiempo la princesa Rasaura. He aquí el relato que hizo de su estancia al lado de la princesa Margarita:

—La amabilidad con que me recibieron exceden a toda ponderación. ¡Lo que yo gocé los primeros días!... La princesa a cada momento tenía una frase oportuna.

CUPON N.° 1
Concurso de cuentos

(N.° 1)

(Para incluir con las terminaciones del

Nombre ....

....

Dirección ....

....

Edad ....

....

AVENTURAS DEL GATO CON BOTAS

POR LINAGE



LA AVENTURA MARITIMA DE ZAPIRON



Cuenta, en el seno de su hogar, Zapirón lo que le acaba de pasar.



Crece la expectativa de su singular inventiva.



Sensacional, novelesca, emocionante aventura abracadabrante.



No cejaba el tiburón, persiguiendo a Zapirón.



Zapirón saca un cuchillo que perteneció a un amarillo.



Atraviesa al tiburón con rara fuerza y pasión.



La lucha lo había alejado de todo sitio poblado.



La muerte lo acechaba, pero cuando ya desesperaba



Se agarró de la C del océano y se salvó.